

ESCRITURAS DOMÉSTICAS. LA DOMESTICACIÓN DE LO DOMÉSTICO¹

BERNARD LAHIRE*

Durante mucho tiempo, las investigaciones sobre las prácticas de la lectura han sido tema de historiadores, antropólogos y psicólogos. Estos últimos han mostrado la importancia que las prácticas de escritura han tenido en la historia: desde el punto de vista cognitivo y desde el punto de vista de la organización social de las actividades económicas, políticas, jurídicas y religiosas. Mientras que estos diferentes trabajos han establecido la fecundidad heurística del estudio de las culturas escritas, poco sabemos sobre cuáles son las prácticas de escritura que acompañan y organizan, forman y transforman la vida social contemporánea.

Este artículo se propone mostrar el interés heurístico que suscitan la descripción y el análisis de las prácticas domésticas de la escritura, a través de las cuales pueden comprenderse tanto las disposiciones sociometales como los modos de organización de las actividades domésticas y sus diferencias entre los sexos.



For a long time, research on the practices of writing has been a common topic for historians, anthropologists and psychologists. This research has shown the importance of writing practices for history; from a cognitive point of view, and from the perspective of social organizations of the economic, political, legal and religious realms. While the different works established the heuristic proliferation of the study of written cultures, there is little knowledge about which writing practices build and organize, form and transform, the contemporary social life.

This article intends to show the heuristic interest raised by the description and analysis of the everyday practices of writing, through which understanding the socio-mental dispositions and the organization of everyday activities, and their differences between genres is made possible.

Hasta hoy, las investigaciones sobre las prácticas de escritura han sido sobre todo tema de historiadores, antropólogos y psicólogos. Estos últimos han demostrado la importancia que este tipo de prácticas han tenido en la historia: desde el punto de vista cognitivo² y desde el punto de vista de la organización social de las actividades económicas, políticas, jurídicas y religiosas.³

Paralelamente a estos trabajos, hemos asistido al desarrollo de las investigaciones sobre la historia de la alfabetización (Furet y Ozouf, 1977; Quéniart, 1984): por un lado, la historia de las prácticas de lectura y escritura y sus diversas consecuencias sociales (Chartier, 1986, 1987, 1985, 1991; Martin, 1988); por el otro, las investigaciones sociolingüísticas y psicolingüísticas, esencialmente británicas y estadounidenses, sobre las condiciones de apropiación de la cultura escrita escolar, sobre las interacciones verbales en el aula condicionadas por normas escritas, etc., que muestran la importancia del escrito en los procesos de selección escolar (Olson et al, 1985; Cook-Gumperz, 1986).

En el ámbito de la sociología, si bien la lectura ha encontrado una vía legítima de estudio en el marco de una sociología de la cultura o del consumo cultural, las prácticas de escritura, públicas o privadas, prácticamente no fueron objeto de reflexión sociológica en Francia, excepto en el caso de las más legitimadas (las prácticas literarias). En definitiva, el objeto “escritura” estuvo casi ausente de las investigaciones sociológicas, salvo para dos objetos totalmente opuestos en el espacio social: el análisis de las producciones impresas (análisis socioliterarios, sociosemióticos, etc.) y el análisis del “iletrismo” (Noisette, 1985; Passeron, 1991; Borowski, 1990; Lahire, 1992).

Mientras que los diferentes trabajos citados han establecido la fecundidad heurística del estudio de las culturas escritas, casi no se sabe cuáles son las prácticas de escritura que acompañan y organizan, forman y transforman la vida social contemporánea. Sin embargo, dilucidar cuáles de estas prácticas estructuran la vida cotidiana permite proseguir, sobre el terreno contemporáneo y con una gran diversidad de



enfoques metodológicos, las reflexiones de los antropólogos e historiadores sobre sus efectos organizacionales y mentales. La sociedad francesa contemporánea es producto de un largo movimiento de alfabetización generalizada y de escolarización que fue constituyendo una base histórica inédita común a casi toda la población francesa. Sobre esta base de referencia común –y por lo tanto, invisible– comienzan a intervenir desigualdades, acuerdos, especificidades y diferencias alrededor de la escritura.

A partir de una primera indagación sobre la cuestión de las desigualdades frente a la cultura escrita escolar (Lahire, 1993a) que se basaba en la observación directa de la escena escolar, hemos querido dilucidar lo que nuestra primera mirada dejaba fatalmente en la sombra: las prácticas profesionales y domésticas de escritura (ibíd.). Nos centraremos entonces en este último punto, para luego presentar resultados y análisis extraídos de una serie de encuestas (realizadas por medio de entrevistas y cuestionarios) sobre las escrituras domésticas.

Escrituras domésticas y disposiciones sociometales

Entre las múltiples escrituras domésticas pueden distinguirse las que son (cuasi) obligatorias (por ejemplo, el completamiento de formularios de impuestos, papeles de la obra social, legajos administrativos diversos, cartas dirigidas a reparticiones públicas, etc.) de las que están relacionadas con hábitos sociales de las familias o de cada uno de sus miembros. Entre estas últimas pueden distinguirse a su vez las prácticas *familiares* (listas de compras de supermercado, apuntes sobre el cronograma o el almanaque familiar, pedidos por correspondencia, clasificación de documentos administrativos, escritura o copia de recetas de cocina, etiquetaje de productos alimenticios, etc.) de las prácticas más *personales* (notas en una agenda personal, crucigramas, etc.); las prácticas *estéticas* (escritura de un diario íntimo, escritura de historias, poemas, canciones, etc.) de las prácticas *funcionales* o *utilitarias* (cálculos de cuentas familiares, escritura del manual de mantenimiento del auto, etc.); y finalmente, las prácticas *regulares* (correspondencia familiar, mensajitos entre los miembros de la familia, recordatorios escritos, listas de cosas por hacer, etc.) de las prácticas *ocasionales* (lista de elementos para llevar de vacaciones, itinerario de un viaje, notas sobre un álbum de fotos, etc.). Sin embargo, estas numerosas diferencias no siempre son pertinentes en la medida en que las escrituras, como prácticas lingüísticas particulares sujetas a contextos de utilización también particulares, escapan a la lógica formal de las grandes tipologías.

En efecto, para comprender las lógicas sociales implicadas en ellas es que elaboramos nuestra pregunta sobre cuáles son las disposiciones indisolublemente sociales y mentales (relación con el tiempo, con el espacio, con el

lenguaje, consigo mismo y con el otro) que tales prácticas heterogéneas posibilitan.

La idea según la cual las prácticas lingüísticas en general (las prácticas de escritura en particular) contribuyen a la construcción social de las realidades (de las formas que toman las relaciones sociales y de las disposiciones mentales) es una forma de vuelta al materialismo.⁴ Podemos citar aquí un ejemplo que brindaba el sociólogo inglés Basil Bernstein a propósito del “lenguaje de los miembros de una unidad de combate en maniobra”, caracterizado por “determinadas elecciones sintácticas y léxicas” (Bernstein, 1975): en este caso, se puede plantear o bien que el lenguaje está “determinado” desde el exterior por la situación, el contexto de acción (la maniobra), y se estudiará entonces el lenguaje de manera diversa como un “nivel”, un “reflejo”, un “efecto” o una “consecuencia” respecto del “contexto”, de la “realidad objetiva”, etc., o bien se considera –cambiando radicalmente de punto de vista– que el lenguaje en cuestión es indisoluble de la maniobra misma, la cual solo puede desarrollarse, organizarse como tal, a través de las formas particulares de lenguaje. Así pues, la práctica social (o la acción colectiva) denominada “maniobra” se encuentra entramada por prácticas específicas hechas de gestos, de gritos, de enunciados con determinada sintaxis y vocabulario; por ejemplo, difícilmente sería posible realizar una maniobra por medio de las formas del lenguaje poético.

De la misma manera, se puede comprender muy concretamente la construcción de las estructuras cognitivas por medio de las prácticas lingüísticas. Por ejemplo, la noción –utilizada o rechazada– de “cálculo racional”, que forma parte del vocabulario de la economía o de la sociología, puede ser útilmente puesta en perspectiva al preguntarnos cuáles son las técnicas intelectuales, y sobre todo las prácticas escriturarias

y gráficas sin las cuales no podría existir ningún cálculo racional. M. Weber ya mencionaba, en **La ética protestante y el espíritu del capitalismo**, la teneduría de una contabilidad racional (regular, rigurosa, etc.) como condición de la racionalización de las prácticas económicas. Del mismo modo, el concepto de “planificación”,



que es objeto de investigaciones en psicología, en ciencias cognitivas, en sociología, etc. (véase especialmente Conein, Dodier y Thévenot, 1993), puede ser puesto a prueba a partir del estudio de las prácticas lingüísticas que hacen posible una acción planificada. La lista de compras en un supermercado, por ejemplo, es un medio de fijar y orientar futuras acciones, un programa de acciones, un “plan”. Algunas listas de compras suelen establecer incluso verdaderos programas de desplazamiento dentro del supermercado, ya que los productos se encuentran en ellas clasificados por sector y en un orden tal que guían el recorrido dentro del local. Ese microdispositivo planificador permite muy concretamente a quienes lo utilizan (hombres y, la mayoría de las veces, mujeres) ahorrar pasos y tiempo, limitar los olvidos posibles en los casos de falta de preparación de la acción, etcétera.⁵

Rupturas con el sentido práctico

Las prácticas escriturarias y gráficas introducen una distancia entre el sujeto hablante y su lenguaje (Lahire, 1993a), brindándole los medios de *dominar simbólicamente* lo que hasta entonces *dominaba de modo práctico* (Bourdieu y Passeron, 1970): el lenguaje, el espacio y el tiempo. Los medios de objetivación del tiempo (cronograma, agenda, planificación, etc.), las listas de cosas por decir o hacer (como planes de acción o de palabras futuras), los itinerarios o los recorridos trazados, los diarios íntimos y todas las formas estéticas de la escritura (escritura de poemas, de historias, de “arte literario”...), etc. son sin duda instrumentos de conformación de nuestra temporalidad, de nuestra espacialidad y de nuestro lenguaje que constituyen excepciones cotidianas y repetidas respecto del ajuste prerreflexivo del sentido práctico a una situación social (Bourdieu, 1980). Existe la misma brecha entre el tiempo vivido “que pasa” y el tiempo organizado gracias a medios de objetivación, que entre el trayecto espontáneo de un automovilista y un itinerario de viaje planificado, preparado, dividido en etapas, etc., o que entre la palabra espontánea en un contexto de interacción y su escritura elaborada, controlada.

Las prácticas de escritura constituyen pues verdaderos actos de ruptura frente al sentido

práctico; mantienen una relación negativa con la memoria práctica del *habitus* y posibilitan un dominio simbólico de ciertas actividades, así como su racionalización (Lahire, 1993b). Los diferentes casos que podemos reconstruir sobre las motivaciones para escribir que mencionan los entrevistados⁶ demuestran cabalmente la ruptura con la lógica del sentido práctico.

De este modo, la escritura interviene en primer lugar cuando deben dominarse temporalidades relativamente largas y cuando se trata de preparar el futuro, situaciones que se oponen a la inmediatez de las prácticas cotidianas y de la relación con el mundo. El cronograma, la agenda y la planificación, por ejemplo, hacen posible una distribución de las actividades (individuales o colectivas) en el tiempo objetivado y, por lo tanto, una planificación o retorno sobre lo que se ha hecho, lo cual implica una relación más reflexiva con el tiempo pasado, presente o futuro. Las entrevistas evidencian aquí una oposición entre las disposiciones previsibles y calculadoras de quienes aspiran a “administrar” su vida cotidiana, saber a dónde van (en materia de actividades y de finanzas) y las disposiciones hedonistas y espontaneístas de los que niegan la posibilidad de administrar metódicamente su existencia, de dominarla y proyectarse en el futuro, y que suelen hacer de la “vida en el día a día” una especie de filosofía práctica de la existencia:⁷

“Siempre hay alguna novedad, por eso no anoto nada, porque de la noche a la mañana, ¡puf! seguro que habrá algo, voy a volver a mi casa, ya está, va a ser otra cosa. [...] No me hago problemas, lo que viene, viene, es por eso nunca anoto. No puedo anotar antes porque para mí la vida..., nunca sé qué pasará mañana, entonces prefiero ver el mismo día, en ese momento”. (Obrero-montador, certificado de Aptitud Profesional, nivel secundario completo)

Las prácticas de escritura de gestión doméstica permiten calcular, planificar, programar, prever la actividad y organizarla en un lapso más o menos largo,⁸ así como preparar o demorar la acción directa y suspender en parte la urgencia práctica.

Verdaderas técnicas de autocontrol, esas prácticas implican también un mayor dominio de los deseos y de las pulsiones. El libro de cuentas o el cálculo del presupuesto familiar, por ejemplo, constituyen concretamente

la posibilidad de dejar de lado algo que uno se siente impulsado a hacer *hic et nunc* en pos de una satisfacción que se obtendrá en una semana o en un año. (Élias, 1987)

Gran parte de las escrituras domésticas puede así contribuir a la constitución de una relación específica con el tiempo, al aprendizaje de la capacidad de *diferir* (deseos, impulsos, etc.) y de *planificar*. De manera inversa, la ausencia de esas prácticas en el universo familiar suele ser el indicio de adultos más hedonistas, con actitudes más espontaneístas.⁹

La escritura también suele hacerse necesaria (para algunos) cuando es preciso enfrentar prácticas complejas, “que exigen” ser organizadas o que pueden organizarse más fácilmente por medio de la escritura: para poder coordinar los horarios diversificados de los miembros de la familia y administrar los imponderables de la existencia, para llegar a hacer todo de la mejor manera posible cuando las actividades se multiplican y el tiempo para realizarlas está “contado”, para poder realizar las compras sin perder un “tiempo precioso”, etcétera.

“Yo clasifico, por ejemplo, todos los productos lácteos, los productos de la farmacia, y luego es lo mismo en mi carrito; para ganar tiempo, cuando estoy en el sector de farmacia, tengo toda mi lista establecida para el sector farmacia; en el sector de lechería si necesito leche, manateca, yogur. No está la leche mezclada con las esponjas y luego el café.” (Docente especializada en sordomudos, seis años de estudios superiores)

Así, las planificaciones escritas que evitan las aproximaciones superficiales suelen llegar a ser el medio de adquirir el manejo psicológico y/o efectivo de situaciones a menudo complejas.¹⁰

“A veces, sí, cuando realmente tengo demasiadas cosas por hacer, hago listas, sí, cuando realmente es demasiado [...]. Son cosas que tengo que hacer durante el día, pero me hago una planificación, me hago planificaciones que trato de escribir [...]. El domingo me planifico la semana”. (Médica laboralista, 10 años de estudios superiores)

Del mismo modo, sucede que se recurre a la escritura cuando se trata de recordar un acontecimiento, una información o un acto extraordinario, poco habitual, excepcional. A las “efemérides” tan incorporadas que ya ni son sentidas

como tales (como el cumpleaños de un familiar, o incluso el hecho trivial de almorzar) se oponen las fechas que exigen ser anotadas (por ejemplo, un turno con un médico especialista); a las compras comunes y regulares que solo requieren el uso del sentido práctico (harina, aceite, azúcar, etc.) se oponen las compras ocasionales para una comida “especial”, que requieren una lista precisa y diferente.

“[Sobre la lista de compras] En principio, ¡no hago tantas! A menos que realmente tenga algo especial que comprar. Entonces me digo: ‘¡Uy, uy, uy! ¡Ya ni me acuerdo qué es!’ Bueno, entonces miro, pero si no, no.” (Ama de casa, Certificado de Aptitud Profesional, dos años de estudios técnicos secundarios)

“Me pasa [de escribir] para no olvidar cosas que no compro regularmente –por ejemplo, los cereales de mi hija o cosas así– entonces las marco; pero si no, yo sé qué tengo que hacer, no lo marco siempre.” (Cuidadora de niños, ex contadora)

Se observa bien la relación que mantiene la lista de cosas por hacer y la memoria incorporada, en los casos en que las mujeres nos responden que no hacen listas de este tipo para ellas pero que sí las hacen para su marido o sus hijos; es decir, para los que no tienen un conocimiento práctico suficiente del universo de los productos domésticos y del estado de los stocks como para hacer las compras sin lista.

La escritura también puede ejercer la función de generar seguridad en un estado de relativa tensión a propósito de acontecimientos o citas considerados particularmente “importantes” y a veces “oficiales”. En efecto, se tomará nota de las citas más oficiales, se preferirá escribir una carta a una oficina pública para explicar correcta y tranquilamente una situación delicada o compleja antes que llamar por teléfono; o se llamará, pero luego de haber preparado exactamente lo que se dirá al interlocutor, para no olvidar nada y ser preciso en la demanda.

“[A propósito de notas previas a un llamado telefónico] Sí, me ha pasado. Pero para cosas muy importantes, para llamados telefónicos en los que hay que esperar una hora, por ejemplo, la CAFAL [Caja de Locaciones Familiares] o la Seguridad Social o cosas así, pero pasa muy de vez en cuando, ¿eh? Anoto todo lo que tengo que decir para no olvidarme, para no decirme: ‘Ay, ya c o rté y me olvidé de preguntar lo más importante.’” (Ama de casa, Certificado de estudios profesionales, nivel secundario completo)

En este último caso, el habitus lingüístico (Bourdieu, 1982), el sentido lingüístico práctico, ya no es suficiente a causa de la tensión relacionada con la llamada telefónica. Por otro lado, los entrevistados oponen la espontaneidad de la conversación telefónica informal entre amigos o entre miembros de la familia y los diálogos, que pueden exigir preparación, con las oficinas públicas. La escritura permite, por lo tanto, administrar de manera más precisa y ordenada el discurso (tanto en la carta argumentada como en las notas previas a un llamado telefónico) cuando lo que se quiere decir no puede improvisarse y requiere a la vez un ordenamiento preciso y de cierta exhaustividad. Tales prácticas implican una relación con el lenguaje de tipo particular: preocupación por la forma, por la precisión verbal y discursiva, o por la exhaustividad.¹¹

El recurso de escribir permite asimismo resolver la ausencia de “don de ubicuidad” propio de la condición humana. El escrito continúa marcando nuestra presencia mientras nuestro cuerpo está ausente. Compensa la ausencia corporal para continuar ejercitando una acción. Es el caso, por ejemplo, de los mensajitos entre miembros de la familia que permiten, muchas veces a las mujeres, continuar manifestando su presencia afectiva (“*Que tengan un buen día. Un beso. Hasta la noche*”) así como administrar la vida doméstica mientras están en el trabajo.

“*Recuerda llamar por teléfono a EDF [Electricidad de Francia].*”

“*No te olvides de comprar pan para esta noche.*”

“*Pongan la carne al horno a eso de las 20:00.*”

“*Sí, escribo mensajitos en algunos casos, por ejemplo, mi marido no está y como yo soy agente a domicilio, a veces me llaman por teléfono para ir en ayuda por problemas domésticos. En principio termino a las cuatro de la tarde, pero a veces me dicen: ‘¿Me puede venir a ayudar?’.* Entonces dejo un mensajito: ‘*Esta tarde termino a las seis. Hay que llevar a... a tal lugar*’ o ‘*[...] no te olvides de hacer esto, no te olvides de hacer lo otro*’. O un llamado por teléfono: ‘*Acuérdense a tal hora...*’.” (Agente a domicilio, estudios secundarios completos)



Este es también el caso de las cartas por medio de las cuales los enamorados se hacen presentes ante aquellos de quienes están temporariamente alejados, o gracias a las cuales los inmigrantes franceses del siglo XIX pudieron continuar administrando su propiedad y conservar la dirección económica de su bien o de su empresa (Dauphin et al, 1991a). Aquí, el sentido práctico incorporado, aplicado en una situación, no puede operar ya que el cuerpo no se encuentra en situación de actuar.

Finalmente, el uso de la escritura se aplica también a los casos, claramente menos frecuentes, en los que el sentido práctico, la memoria práctica, se alteran por miedos o pánicos (por ejemplo, frente al nacimiento del primer hijo), por depresiones, por graves preocupaciones (muerte o enfermedad de un familiar) o profesionales (conflictos interpersonales) que monopolizan toda la atención... Los trastornos mentales relacionados con situaciones de crisis acarrearán desarreglos del sentido práctico, y la escritura llega entonces a reforzar un funcionamiento de habitus anómalo. Lo que comúnmente funciona por medio de la adaptación rutinaria y prerreflexiva a las situaciones prácticas habituales de un programa incorporado puede ser destruido en ciertas situaciones excepcionales.

Cuando el sentido práctico ya no es suficiente para “recordar” o actuar (por complejidad, por ausencia, por alejamiento temporal, por excepcionalidad, por tensión y solemnidad o por desarreglos), entonces se recurre a la escritura. La memoria objetivada supe entonces las fallas de la memoria incorporada. Las prácticas de escritura crean una distancia con la práctica; hacen posible no solo un “retorno” reflexivo sobre la práctica, sino su preparación reflexiva.¹² Los actores sociales suelen ser tomados en “el fuego de la acción”, pero también suelen estar fuera de ella (para prepararla o recordarla, para discutirla, etc.). Tal es el caso de las diversas escrituras domésticas.¹³

Dos encuestas por cuestionario

Hemos realizado dos encuestas sucesivas por medio de cuestionarios, en 1992 y 1993.¹⁴ La primera encuesta (Encuesta A) fue realizada en

1992 a 173 parejas en las cuales el hombre presentaba un bajo nivel de formación (inferior o igual al Certificado de Estudios Profesionales –BEP según la sigla en francés– o a los primeros años de la enseñanza secundaria –BEPC por su sigla en francés–). La segunda encuesta (Encuesta B) fue efectuada en 1993 a 309 parejas en las cuales el hombre tenía un nivel superior o igual al bachillerato. En ambos casos, el cuestionario fue realizado frente a frente en el domicilio de las parejas. La mitad de las veces se interrogó a una sola de las partes (el hombre o la mujer) para compensar el hecho de que las preguntas sobre la distribución sexual de las tareas de escrituras domésticas podían sobreestimar o bien subestimar sistemáticamente ciertas prácticas.¹⁵

Las diferencias entre ambas poblaciones

La lectura de los resultados de una comparación de ambas poblaciones evidencia en forma clara las diferencias existentes en materia de escrituras domésticas, en favor –casi sistemáticamente– de la población con mayor formación.

En efecto, las parejas con más alto nivel de formación presentan mayor tendencia a llevar regularmente las cuentas familiares (94,2% contra 7%), a anotar frecuentemente cosas en una agenda personal (66,8% contra 50,3%), a escribir con frecuencia indicaciones (65% contra 49,4%), a redactar frecuentemente listas de cosas para hacer (59% contra 45,1%) y listas de cosas para decir antes de un llamado telefónico “importante” (51,6% contra 38,7%). También presentan mayor tendencia a hacer listas de compras (77,7% contra 65%) y, cuando lo hacen, a prepararlas de manera ordenada (más generalmente según el orden de los sectores del supermercado: 48,9% contra 31,8%). Tienden más a escribir (o haber escrito) un diario personal (35,6% contra 22,5%), a escribir (o haber escrito) cuentos, poemas o canciones (40,9% contra 30,6%), a hacer ocasionalmente crucigramas o autodefinidos (47,2% contra 32,3%), a establecer un itinerario cuando se van de viaje (90,9% contra 72,8%), a hacer ocasionalmente una lista de cosas para llevar de viaje (88,3% contra 81,4%) y, finalmente, a escribirse mensajitos entre los miembros de la familia (85,4% contra 76,8%). Estas diferencias sistemáticas alrededor de las múltiples prácticas corrientes de escritura constituyen indicadores suficientemente claros del grado de reflexividad

cotidiana según el volumen de capital escolar e, indirectamente, según la posición social. Es lo que indicaban Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron asociando estas diferencias de relación con el lenguaje y con el mundo con modalidades diferentes del trabajo pedagógico familiar (Bourdieu y Passeron, 1970).

La relación proporcional entre quienes practican las diferentes escrituras son más o menos equivalentes en ambas poblaciones alrededor de cuatro prácticas: la escritura o el copiado de recetas de cocina (67,1% para aquellos con mayor formación y 69,8% para los demás), la clasificación de papeles administrativos (97 y 96,5%), la escritura de cartas a familiares (87,3 y 87,9%) y los pedidos por correspondencia (79,5 y 77,5%). Los de menor formación superan a los de mayor formación solo en dos prácticas: las notas sobre el cronograma familiar (80,8% contra 72,5%) –aunque puede pensarse que la agenda personal, más frecuente en los de mayor formación, reemplaza al cronograma– y el cuaderno de mantenimiento del (o de los) autos (76,7% contra 70,8%).

Puede observarse que, a pesar de las diferencias, los de menor formación están lejos de permanecer fuera de los procesos de apropiación cotidiana de la escritura. Si bien las numerosas diferencias indican variedades objetivas de comportamientos y disposiciones, nunca marcan exclusiones. De todas maneras, hay que precisar que este resultado puede ser producido en gran parte por las características de la misma encuesta.

En efecto, en primer lugar, las preguntas se referían tanto a la persona interrogada (agenda personal, indicaciones escritas, listas de cosas para hacer, manera de hacer la lista de mandados, listas de cosas para decir antes de un llamado telefónico, diario íntimo, escritura de cuentos, poemas y canciones, crucigramas, autodefinidos), como a la pareja en su conjunto (cuentas familiares, listas de mandados, lista de cosas para llevar a un viaje, itinerario de viaje, cuaderno de mantenimiento del auto, mensajitos entre miembros de la familia, escritura o copiado de recetas de cocina, clasificación de papeles administrativos, cartas a familiares, pedidos por correo, cronograma familiar). Esto contribuye, por un lado, en el segundo caso, a explicar las fuertes proporciones de ocurrencia de estas prácticas en ambas poblaciones (es suficiente con que uno de los miembros de la pareja –la persona interrogada o su

cónyuge— desarrollen tal o cual práctica de escritura para que sea contabilizado).

Además y sobre todo, si las proporciones de quienes practican son relativamente elevadas en ambas poblaciones encuestadas, es porque no se buscó principalmente aquí captar las proporciones de “practicantes intensivos”. Salvo excepciones indicadas en el enunciado de los resultados por el término “frecuentemente” (por ejemplo, indicaciones escritas, listas de cosas para hacer o decir, etc.), hemos querido más bien observar si la práctica estaba o no presente (formulando preguntas del tipo: “¿Alguna vez hace usted...?”). La información principal que nos brindan ambas encuestas se refiere esencialmente a las líneas divisorias entre los que nunca practican y todos los demás (practicantes ocasionales o intensivos). Por lo tanto, es normal constatar muchas veces escasas proporciones de no-practicantes, sin que esto ponga en cuestión nuestra observación acerca de que existen bajas tasas de exclusión total de las diferentes prácticas de escritura.

Finalmente, si las diferencias entre practicantes y no practicantes nada nos dicen sobre la intensidad de las prácticas (lo que demostraría diferencias indudablemente más marcadas entre los practicantes fuertes), tampoco nos informan sobre las modalidades concretas de realización de estas prácticas. Ahora bien, las diferencias culturales no son reductibles a diferencias entre tasas de practicantes, pero pueden revelarse mucho mejor en los usos contrastados de competencias compartidas (véase Chartier, 1986). Por ejemplo, se ha visto que si los de más alto nivel de formación eran mayoría a la hora de hacer listas de compras, también lo eran a la hora de redactarlas de manera ordenada. Por lo tanto, queda por proseguir con la investigación para dilucidar más precisamente la intensidad de las prácticas y, en la medida de lo posible, sus modalidades concretas.¹⁶

El sexo de los escribas

Sin embargo, lo que aparece como una notable recurrencia en ambas poblaciones encuestadas es la distribución de las prácticas según el sexo: las mujeres tienen una aplastante mayoría en la práctica de actos cotidianos de escritura. Las indicaciones escritas (en los de mayor formación), las anotaciones previas a una llamada telefónica, las listas de cosas para hacer o para llevar en un viaje, las listas de compras (realizadas en orden más a menudo por las mujeres que por los hombres: 24,4%

de los hombres con menor formación contra 36,2% de mujeres del mismo grupo, y 41,5% de los hombres con mayor formación contra el 56,1% de las mujeres de esa población), la escritura o el copiado de recetas, los mensajes entre los miembros de la familia, las cartas a familiares, los pedidos por correo, las cartas a las oficinas públicas (en aquellos con menor formación), el completamiento de papeles de la obra social (la pregunta solo se formuló a la población con mayor formación), las notas en el cronograma familiar, el control de las cuentas familiares, la clasificación de papeles administrativos, las indicaciones en el álbum de fotos, el diario íntimo¹⁷ y los crucigramas o autodefinidos aparecen claramente como prácticas femeninas.

Frente a estas escrituras femeninas, aparecen ciertas escrituras no marcadas por uno u otro sexo (notas frecuentes en una agenda personal, escritura de cuentos, poemas y canciones en ambas poblaciones e indicaciones escritas en los de menor formación) y algunas escrituras masculinas (cuaderno de mantenimiento del o de los autos, completamiento de la hoja de impuestos, itinerario de viaje y, en los de mayor formación, cartas a las reparticiones públicas).

En otro trabajo hemos tenido la ocasión de subrayar, a propósito de los medios populares urbanos, la cuestión de la división sexual del trabajo de escritura doméstica (Lahire, 1993c): las mujeres de estos medios se nos aparecen como los escribas domésticos. Portadoras de las preocupaciones de los miembros del grupo familiar y de su organización, gestionan, administran,¹⁸ gracias a múltiples prácticas de escritura, la organización interna de la familia nuclear y sus relaciones con el “exterior” (las oficinas públicas, los amigos, los miembros alejados de su familia y de la de su marido¹⁹) y se revelan como mujeres-administradoras. En efecto, la gestión del “interior” tanto como el contacto del hogar con el “exterior” suelen implicar el uso de la escritura según formas variadas.

Los historiadores (véase Furet y Ozouf, 1977) han establecido claramente que los hombres fueron alfabetizados más precozmente y en mayor número que las mujeres. Hasta fines del siglo XIX, la educación religiosa de la mayoría de las niñas se reducía al aprendizaje de la lectura. El contexto sociocultural, marcado por un estado particular de la división de roles, es tal en ese momento que la necesidad de escribir es menor para las mujeres: en efecto, las prácticas de

la escritura suelen estar ligadas a posiciones de poder, a prácticas públicas y profesionales, realidades estas de las que las mujeres se encontraban generalmente alejadas. Así, el carácter esencialmente femenino, hoy, de las prácticas de escritura privadas, oficiosas, no legítimas, no es quizá tan sorprendente.²⁰ Las escrituras domésticas, tan poco reconocidas como la misma actividad doméstica en general, se inscriben en diferencias sociosimbólicas muy conocidas entre hombres y mujeres (interior/ exterior; oficioso/ oficial; doméstico/ profesional; invisible/ visible; privado / público) (véase Bourdieu, 1990).

En efecto, es evidente que los territorios escriturarios masculinos y femeninos, tal como aparecen por medio de los resultados de ambas encuestas, son campos clásicamente sujetos a ambos sexos: la técnica, el espacio exterior, el dinero, lo público y lo oficial para los hombres (el auto, el itinerario de viaje, los impuestos y, para los de mayor formación, las oficinas públicas); mientras que para las mujeres, lo familiar, lo relacional, lo privado, el espacio doméstico y el íntimo.²¹ De lo profesional a lo doméstico se cambia de universo y al mismo tiempo de cuadro de valores referidos a las prácticas de escritura. Lo que, en el campo profesional, quizá sea signo visible de poder (la responsabilidad de redactar, de producir escritos),²² puede convertirse, no

bien se atraviesa el umbral del hogar, en una marca de subordinación (ocuparse de lo que es penoso, del papeleo aburrido, etcétera).²³

Pero más allá de esta revisión de las distribuciones clásicas y las percepciones sexuales de las tareas y los roles, hay que insistir en el hecho de que si las escrituras domésticas son parte inherente de las disposiciones racionales, calculadoras, previsoras, y constituyen técnicas de autocontrol (así como del otro) en la vida cotidiana, entonces puede pensarse que por medio de las múltiples escrituras domésticas a las que parecen sujetas, las mujeres –cualquiera sea su nivel de formación– cultivan más que los hombres²⁴ estas disposiciones y una cierta forma de dominio de sí y del otro (sentimientos, impulsos, deseos personales o familiares, etc.) (véanse Zazzo, 1982 y Maccoby, 1990).²⁵

De todas maneras, se constata una serie de atenuantes de las diferencias entre los sexos en materia de escrituras domésticas entre los de mayor formación: son un poco más numerosos los hombres con mayor formación que los otros a la hora de encargarse por sí solos de ciertas tareas de escritura, y las mujeres de esos medios suelen encontrarse con menor frecuencia solas para ocuparse de eso (siendo la modalidad “los dos en igual medida” la más frecuente), como se lo constata leyendo la tabla 1.

TABLA 1: Prácticas de escritura discriminadas por sexo en la pareja

	Encuesta A			Encuesta B		
	Hombre (%)	Mujer (%)	Ambos (%)	Hombre (%)	Mujer (%)	Ambos (%)
Listas de cosas por decir	31,8	45,8	*	49	54,2	*
Listas de cosas por hacer	38,8	51,1	*	56,5	61,7	*
Listas de compras	2,7	86,4	10,9	8,8	76,1	15,1
Listas de cosas para llevar	2,9	83,6	13,5	9,7	71,6	18,7
Recetas de cocina	5	93,3	1,7	6,3	87,4	6,3
Cuentas familiares	22,7	56,3	21	27,6	39,6	32,8
Clasific. papeles adm.	27	61,7	11,3	35,6	41,2	23,2
Mensajes miembros familia	11,4	67,4	21,2	15,2	59,6	25,2
Cartas a familiares	11,2	75,6	13,2	14,9	67,3	17,8
Pedidos por correo	6	87,3	6,7	9	80,4	10,6
Cuaderno de mant. auto	93	3,1	3,9	81,7	6,1	12,2

* Nuestros datos fueron obtenidos conforme a si la práctica de escritura podía ser más o menos “personal” o no, ya fuera preguntando cómo se distribuyen las prácticas dentro de la pareja (más bien el hombre, más bien la mujer o los dos por igual), o bien cruzando las respuestas de los encuestados sobre la práctica o la no-práctica de tal o cual actividad escrituraria con la variable sexo de la persona interrogada. Cada vez que indicamos un asterisco, significa que los datos se consignaron por medio del cruce de las dos. En el caso de las preguntas personales (sin asterisco), se tiene la participación de los hombres, mujeres, etc., *entre los practicantes familiares*; en el caso en que se cruzan variables, se tiene la participación de los practicantes *entre los hombres y entre las mujeres*.

Las diferencias son comparables en una serie de otras prácticas de escritura, como se constata en la tabla 2.

TABLA 2: Otras prácticas de escritura discriminadas por sexo en la pareja

	Encuesta A			Encuesta B		
	Hombre (%)	Mujer (%)	Ambos (%)	Hombre (%)	Mujer (%)	Ambos (%)
Notas sobre el almanaque	7,2	69,8	23	9	64,9	26,1
Itinerario de viaje	60,3	8,7	31	63,9	8,9	27,2
Album de fotos ⁽¹⁾	8,2	70,9	12,8	11,9	67,4	12,2
Crucigramas, autodefinidos	26,7	38	*	39,6	54,8	*
Cuentos, poemas, canciones	30,6	30,7	*	40,2	41,3	*
Diario íntimo	14,1	30,6	*	25,3	45,8	*

(1) La suma de los porcentajes indicados no es igual a 100 porque existe una cuarta modalidad (“Otra persona”) que no aparece en la tabla.

* Cf. ut supra.

Las divisiones de las prácticas se realizan a veces de distinta manera: los hombres con más alto nivel de formación escriben con mayor frecuencia solos las cartas a las oficinas públicas, algo que no era así para el caso de los hombres con menor formación (en cuanto a las parejas con mayor formación, en el 46,4% de los casos son los hombres los que se ocupan solos; en el 34,1% de los casos son las mujeres, y en el 19,5% de los casos, ambos; en cuanto a las parejas con menor formación, se obtienen respectivamente el 29,7, el 55,8 y el 14,5%), y el completamiento de formularios de impuestos se afirma todavía más como una práctica masculina (en el caso de las parejas con mayor formación, en el 59,3% de los casos son los hombres quienes se ocupan solos; en el 16,3% de los casos son las mujeres; en el 19,5% de los casos lo hacen ambos, y finalmente, en el 4,9%, un tercero; en cuanto a las parejas con menor formación, se obtienen el 43, el 36,5, el 11,7 y el 8,8% respectivamente).²⁶

De este modo, parecería que los hombres con mayor formación se inclinan hacia las tareas de escritura relacionadas con los campos más públicos, más exteriores al espacio doméstico (los papeles de la obra social, relacionados con cuidado de los miembros de la familia, son completados sobre todo por las mujeres en las parejas con mayor formación: en el 18,8% de

los casos son los hombres quienes los completan, en el 50,8% de los casos son las mujeres y en el 30,4% de los casos, los dos por igual). El corte público/privado también atraviesa el espacio doméstico privado: las cartas administrativas y las declaraciones de ingresos se sitúan más del lado de lo público, y las listas de compras, la correspondencia familiar, etc., son resorte claro de lo intrafamiliar, de lo privado.

Las escrituras domésticas: ¿un desafío en la pareja?

Para controlar el valor que debe atribuirse a las declaraciones de prácticas en estas dos encuestas disponemos de un medio muy simple. En efecto, podemos preguntarnos si la estructura de distribución de las respuestas (en el caso en que las modalidades son de tipo: “Más bien el hombre”, “Más bien la mujer” y “Los dos por igual”) varía o no según el sexo de la persona interrogada. Sin embargo, constatamos una serie de distorsiones sistemáticas que indican claramente que hablar de prácticas de escrituras domésticas que plantean un problema de distribución (¿quién se ocupa de eso?) no va de suyo en las parejas.

En el marco de las encuestas, tal vez los hombres intenten aparecer como integrantes de

parejas “modernas”, caracterizadas por una división sexual de las tareas no muy rígida. En este caso, los hombres sobreestiman su participación en las escrituras domésticas para no aparecer como “no haciendo nada” dentro del hogar. Si bien las escrituras domésticas no tienen un gran valor real para ellos, pueden aparecer públicamente como participantes de esas prácticas que por un lado están relacionadas con el gobierno doméstico cotidiano.

La interpretación que propone Olivier Schwartz del gobierno femenino en las familias obreras puede resultarnos útil aquí. Si la mujer imprime su marca al conjunto del proceso familiar cotidiano, el hombre detenta los signos visibles de la autoridad y no quiere demostrar nunca que se deja conducir por ella:

Que un “hombre no deba dejarse mandar por una mujer” es un axioma universalmente admitido. La situación no se caracteriza en absoluto por una relación jerárquica de obediencia y de mando, sino por el hecho de que el hombre se deja dirigir implícitamente por la mujer y le otorga un poder sobre sí, pero sin renunciar a las marcas visibles de su autoridad. (Schwartz, 1990: 198-199)

Ahora bien, esto es lo que parece suceder en lo concerniente a una serie de prácticas de escritura referidas a la organización doméstica: si bien es muy raro que las grandes distribuciones cambien completamente según el sexo del encuestado (véase más adelante el tema de las cartas a las oficinas públicas), se observa una serie de ligeras sobreestimaciones masculinas (en relación con lo que las mujeres les atribuyen) en cuanto a la carga completa o a la participación “por igual” en las escrituras domésticas. Es el caso de las listas de compras, de los mensajitos entre miembros de la familia, de las cartas a los familiares, de las listas de cosas para llevar en un viaje y, para los hombres con mayor formación, de los pedidos por correo y del completamiento de formularios de la obra social. Esto se muestra en las tablas que siguen.

TABLA 3: ¿Quién escribe con mayor frecuencia las listas de compras para el supermercado? (En %)

		Encuesta A		Encuesta B	
		H.	M.	H.	M.
H.		5,5	0	15,7	2,2
M.		79,5	93,2	67,9	84
Ambos		15	6,8	16,4	13,8
Total		100	100	100	100

TABLA 4: ¿Quién escribe con mayor frecuencia los mensajitos entre miembros de la familia? (En %)

		Encuesta A		Encuesta B	
		H.	M.	H.	M.
H.		16,1	7,2	20,8	10
M.		56,5	77,1	55	63,8
Ambos		27,4	15,7	24,2	26,2
Total		100	100	100	100

TABLA 5: ¿Quién escribe con mayor frecuencia las cartas a familiares? (En %)

		Encuesta A		Encuesta B	
		H.	M.	H.	M.
H.		11,8	10,5	18,4	11,3
M.		67,1	84,2	63,2	71,4
Ambos		21,1	5,3	18,4	17,3
Total		100	100	100	100

TABLA 6: ¿Quién escribe con mayor frecuencia los pedidos por correo? (En %)

		Encuesta A		Encuesta B	
		H.	M.	H.	M.
H.		6	6	11,6	6
M.		86,5	88	77,5	83,6
Ambos		7,5	6	10,9	10,4
Total		100	100	100	100



TABLA 7: ¿Quién completa con mayor frecuencia los formularios de la obra social? (En %)

Encuesta A		Encuesta B		
	H.	M.	H.	M.
H.			25,3	12,2
M.			46,1	55,5
Ambos			28,6	32,3
Total			100	100

TABLA 8: ¿Quién confecciona con mayor frecuencia las listas de cosas para llevar en un viaje? (En %)

Encuesta A		Encuesta B		
	H.	M.	H.	M.
H.	5,5	0	11,8	7,8
M.	76,7	91	66,1	76,6
Ambos	17,8	9	22,1	15,6
Total	100	100	100	100

La distorsión es particularmente fuerte en los medios con mayor formación referidos a dos prácticas ya percibidas como relativamente “importantes” por los hombres: las cartas a las oficinas públicas y el completamiento del formulario de impuestos. En el primer caso (tabla 9), las respuestas son incluso radicalmente diferentes según si la persona interrogada es un hombre o una mujer.

TABLA 9: ¿Quién escribe con mayor frecuencia las cartas a las reparticiones públicas? (En %)

Encuesta A		Encuesta B		
	H.	M.	H.	M.
H.	39,1	20,5	63,3	29,6
M.	46,3	65	22,7	45,4
Ambos	14,6	14,5	14	25
Total	100	100	100	100

TABLA 10: ¿Quién completa con mayor frecuencia el formulario de impuestos? (En %)

Encuesta A		Encuesta B		
	H.	M.	H.	M.
H.	45,2	40,7	73,6	51,4
M.	36,9	36	12,5	21,6
Ambos	13,1	10,5	13,9	27
Otro	4,8	12,8	0	0
Total	100	100	100	100

¿Quiénes –hombres o mujeres– están más cerca de la realidad de las prácticas? Podría pensarse más bien en una sobreestimación masculina²⁷ si se considera que, en el caso de las prácticas casi exclusivamente masculinas (cuaderno de mantenimiento del auto, itinerario de viaje), no se observa en las mujeres una distorsión semejante a la constatada en los hombres cuando se trata de prácticas femeninas (véase, por ejemplo, la redacción del cuaderno de mantenimiento del o de los autos donde las mujeres ven incluso a los hombres hacerlo un poco más frecuentemente solos).

TABLA 11: ¿Quién redacta más frecuentemente el cuaderno de mantenimiento del (o de los) auto(s)? (En %)

Encuesta A		Encuesta B		
	H.	M.	H.	M.
H.	91,4	94,8	81,1	29,6
M.	4,3	1,7	6,7	5,7
Ambos	4,3	3,5	12,2	12,2
Total	100	100	100	100

Además, hay prácticas domésticas en las que los hombres parecen subestimar su participación o no querer sobreestimarla, como si no quisieran estar relacionados con prácticas que juzgan sin duda típicamente femeninas y/o subalternas (muchos hombres entrevistados nos hablan, con un tono un tanto despectivo, del “papeleo” del que se ocupan sus esposas): tal es el caso de la escritura o copiado de recetas de

cocina, de la clasificación de los papeles administrativos (para los de menor formación),²⁸ del mantenimiento del álbum de fotos (para los de menor formación) o de las notas sobre el almanaque familiar (para los de mayor formación). Pero las mujeres también pueden tener interés en afirmar e incluso en sobrevalorar, a través de sus declaraciones, su dominio del gobierno y del “encuadramiento” (Schwartz, 1990) domésticos.

Las interferencias entre prácticas de escritura

Finalmente constatamos, mediante selecciones cruzadas, que las prácticas de escritura están relacionadas entre sí. Desde el punto de vista de las disposiciones individuales, los que practican tal o cual actividad escrituraria suelen también ser los que más tienen una u otra práctica de escritura. Desde el punto de vista de los estilos de existencia familiares, cuando un individuo practica tal o cual actividad escrituraria suele tener más posibilidades de formar parte de una pareja en la que se practica otra actividad escrituraria.

Consideremos sucesivamente las siguientes prácticas: listas de cosas para decir antes de hablar por teléfono, listas de indicaciones escritas, agenda personal, listas de cosas para hacer y escritura de cuentos, poemas o canciones.

Quienes redactan listas de cosas para decir por teléfono escriben también más seguido que los que no hacen listas de cosas para hacer (Encuesta A: 45,7% contra 32,7%; Encuesta B: 63,6% contra 57,1%), indicaciones escritas (Encuesta A: 62,6% contra 40,5%; Encuesta B: 50% contra 42,8%), así como notas frecuentes en una agenda personal (Encuesta A: 62,6% contra 42,4%). Asimismo forman parte de las parejas que redactan más frecuentemente listas de cosas para llevar en un viaje (Encuesta A: las mujeres son 74,6% contra 63,2%; Encuesta B: las mujeres son 63,6% contra 57,1%) y que escriben más seguido sobre el álbum de fotos (Encuesta A: 28,3% no escriben nada contra 38,6%; Encuesta B: 18,1% no escriben nada contra 57,1%), comparados con los que no redactan tales listas.



Quienes escriben frecuentemente indicaciones redactan también más seguido que los que no escriben listas de cosas para hacer (Encuesta A: 61,1% contra 28,7%; Encuesta B: 78,5% contra 26,4%), notas sobre una agenda personal (Encuesta A: 56,4% contra 44,8%; Encuesta B: 63,8% contra 44,4%), listas de cosas para decir (Encuesta A: 49,4% contra 28,7%; Encuesta B: 63,3% contra 32,4%) y redactan también más seguido un diario íntimo (Encuesta A: 30,5% contra 14,9%; Encuesta B: 37,6% contra 23%). Forman parte de parejas que anotan con más frecuencia

cosas en el almanaque (Encuesta A: 14,1% no anotan nada contra 24,1% que sí; Encuesta B: 23% no anotan nada contra 34% que sí), redactan más seguido listas de cosas para llevar en un viaje comparados con los que no tienen estas prácticas (Encuesta A: 11,7% no escriben nada contra 25,2% que lo hacen; Encuesta B: 8,3% no escriben nada contra 19,6% que lo hacen) o mensajitos entre miembros de la familia (Encuesta A: 16,4% no escriben nada contra 29,8% que sí; Encuesta B: 13,6% no escriben nada contra 26,4% que sí).

Por otro lado, quienes anotan frecuentemente cosas sobre una agenda personal redactan más seguido que los que no hacen listas de cosas para decir (Encuesta A: 48,2% contra 29%; Encuesta B: 57,1% contra 44,3%), escriben frecuentemente también más seguido que los que no escriben indicaciones (Encuesta A: 55,1% contra 43%; Encuesta B: 69,7% contra 51,8%) o listas de cosas para hacer (Encuesta A: 52,8% contra 37,2%; Encuesta B: 70,2% contra 43,6%). Redactan también más seguido un diario íntimo (Encuesta A: 29,8% contra 15,1%; Encuesta B: 37,1% contra 26,3%).

Quienes redactan frecuentemente listas de cosas para hacer integran parejas que redactan más seguido que los que no hacen listas de compras (Encuesta A: 16,6% no las hacen contra 48,4% que sí; Encuesta B: 15,9% no las hacen contra 30,9% que sí) y redactan con mayor frecuencia un diario íntimo (Encuesta A: 29,4% contra 16,8%; Encuesta B: 38,4% contra 23,8%).

Finalmente, se observará que quienes escriben cuentos, poemas o canciones escriben con

mayor frecuencia que los que no redactan un diario íntimo (Encuesta A: 36,4% contra 20,8%; Encuesta B: 50,4% contra 21,6%).

Se observa pues una red de relaciones estrechas entre prácticas similares de rememoración y de planificación tales como las indicaciones escritas, la lista de cosas para decir, la lista de cosas para hacer, la lista de cosas para llevar en un viaje, la lista de compras, las notas sobre una agenda personal o escrituras personales tales como el diario íntimo y la escritura de poemas, cuentos o canciones. Pero también se constatan vínculos no menos estrechos entre prácticas aparentemente más alejadas; por ejemplo, la lista de cosas para hacer, la agenda personal o las indicaciones escritas por un lado, y el diario íntimo por otro. La existencia de esos vínculos puede reforzar la idea según la cual las escrituras domésticas son reveladoras de disposiciones sociales (individuales o familiares) más generales.

Conclusión

Esperamos haber podido mostrar el interés heurístico de la descripción y análisis de las prácticas domésticas de la escritura. Por medio de estas, se comprenden a la vez las disposiciones sociometales, los modos de organización de las actividades domésticas, así como ciertos aspectos de las diferencias entre los sexos.

Pero las prácticas del escrito no reflejan solamente disposiciones sociales y modos de organización de las actividades preexistentes; no solo siguen las fronteras ya trazadas de diferencias sociales objetivas y previas entre los grupos sociales o entre los sexos, sino que son constitutivas de las realidades sociales y contribuyen a su construcción social (Lahire, 1990). Las prácticas de escritura más comunes, que funcionan como operadores prácticos de modos de organización de las actividades personales y/o familiares, son también formadoras de disposiciones sociales y de identidades sexuales.

Por medio del análisis de estas prácticas lingüísticas particulares, pueden descubrirse desigualdades, especificidades y diferencias sociales conocidas o relativamente inéditas, así como aprehender, de manera original, las modalidades de la construcción de ciertas relaciones con el mundo y con el otro.

Notas

1. Artículo inicialmente publicado en **Social Science Information/Information sur les Sciences Sociales**, SAGE, Londres, 1995, 34 (4), 567-592.
2. A propósito del modo de producción de los saberes, la relación con el saber, con el lenguaje, el tiempo y el espacio, los efectos cognitivos de la enseñanza de la lengua escrita y, más generalmente, sobre los saberes escriturales (véase Goody, 1968, 1977, 1979; Détienné, 1988; Havelock, 1963; Vygotski, 1985; Scribner y Cole, 1981).
3. En especial, en los procesos de racionalización de estas actividades y en los de autonomización institucional (véase Goody, 1986).
4. Este tipo de estudio sociológico de las prácticas lingüísticas encuentra numerosos ecos en el ámbito de la psicología vygotkiana. Por ejemplo, Jérôme S. Bruner escribe: “Quisiéramos sugerir que el lenguaje no es una herramienta común, sino una herramienta que entra en la constitución misma del pensamiento y de las relaciones sociales. Puede observarse que este punto de vista se opone a la imagen piagetiana del lenguaje como sistema ‘perezoso’ que no haría más que relatar el pensamiento, siendo de este modo una especie de ‘sintomatología’”. (Bruner, 1991: 285)
5. Cabe mencionar que este artículo se basa, en primer lugar y sobre todo, en encuestas por cuestionario y que no hace más que aludir a las prácticas de escritura. Otra parte de nuestros trabajos se refiere a prácticas de escrituras singulares (por ejemplo, la lista de cosas para hacer) comprendidas en su materialidad y contexto de producción y de utilización. Sin embargo, la relativa pobreza de las informaciones producidas mediante cuestionarios no debe hacer olvidar el aporte específico y determinante de estos para comprender las grandes diferencias y divisiones.
6. Nos basamos aquí en los resultados de diferentes encuestas por entrevista (N = 87) que hemos dirigido y que han sido diseñadas en el marco de un programa general de investigaciones sociológicas sobre las prácticas domésticas de la escritura. Las entrevistas fueron realizadas por Luc Bourgade, Mathias Millet, Daniel Thin y nosotros a familias inicialmente populares, luego socialmente más diferenciadas.
7. Véase Lahire, 1993a: 129-180. Esta es una oposición social típica recientemente formalizada por Luc Boltanski y Laurent Thévenot en **De la justification. Les économies de la grandeur**, en términos de “mundo de la inspiración” y “mundo industrial”. Los autores observan que el

plan, la lista, el inventario, la grilla, el esquema, el gráfico, el cronograma, el programa, el organigrama, la contabilidad, los estados, etc., forman parte de los instrumentos cotidianos del mundo industrial que está fuertemente objetivado y que se opone al mundo de la inspiración, escasamente objetivado.

8. El uso doméstico de la agenda o del almanaque/cronograma está cada vez más relacionado con la extensión en los tiempos que deben manejarse y con la complejización de las actividades que hay que administrar en sociedades donde la burocratización y la organización racional de las actividades sociales suponen la gestión de lapsos prolongados dentro de los cuales se planifican reuniones, encuentros, acontecimientos, etcétera.
9. Parecería que los ejecutivos son –entre los asalariados–, estadísticamente más proclives a pensar y administrar su vida familiar cotidiana como una “organización” y a cultivar una especie de ascetismo (véase Establet, 1987). No obstante, si bien las disposiciones racionales domésticas están distribuidas socialmente de modo desigual, como lo veremos más adelante, las líneas divisorias no siempre responden a fronteras de clases o de grupos sociales.
10. Desde este punto de vista, el uso de la agenda se hace más imperioso a medida que nos acercamos a profesiones que multiplican actividades, reuniones, encuentros. La sociabilidad informal, improvisada, entre amigos o familiares, en una vida profesionalmente regulada por la rutina de horarios establecidos por el empleador, no requiere el uso tan intensivo de ese instrumento.
11. Algunas ocasiones de toma de la palabra pueden ser “preparadas” sin que exista forzosa-mente un pasaje a la escritura. Sin embargo, se observará por un lado que lo que se escribe permite elevar el grado de precisión de lo que se va a decir, y por otro lado que, como lo sugiere Jack Goody varias veces en sus trabajos (véase en especial, Goody, 1994), la existencia de una cultura escrita tiene consecuencias cognitivas sobre la relación con el lenguaje, incluso en las prácticas “orales”. Nosotros mismos hemos mostrado el carácter profundamente *escritural* de la práctica escolar “oral” del lenguaje: en las estructuras del lenguaje escolarmente aceptable, pero particularmente también en la relación escolar con el lenguaje (véase Lahire, 1993b).
12. Pueden agregarse a este listado las prácticas de escritura que implican una reflexividad sobre el yo, un dominio de sí y/o de una disposición es-

tética: diarios íntimos, poemas, autobiografías, comentarios protoliterarios que acompañan las fotografías, etcétera.

13. Como hemos observado antes respecto de la preparación escrita de los discursos, nuestra insistencia sobre las rupturas que se producen en las prácticas de escritura en relación con la lógica del sentido práctico no significa que ciertas operaciones reflexivas no puedan tener lugar oral o mentalmente (sin recurrir a la escritura), en particular en una sociedad enteramente alfabetizada y con una población fuertemente escolarizada, donde los procedimientos conquistados gracias a la escritura pueden internalizarse de manera amplia y existir en el estado incorporado.
14. Ambas encuestas fueron realizadas en la Facultad de Antropología y Sociología de la Universidad Lumière Lyon 2.
15. En la Encuesta A, el 32% de las parejas estaba caracterizado por mujeres con un nivel escolar superior a los hombres (BEP o BEPC). En la Encuesta B, el 26% de las parejas estaba caracterizado por mujeres con un nivel inferior a los hombres (Bachillerato). Siendo el número total de ambas poblaciones diferente e insuficiente como para tratar de eliminar una serie de posibles efectos de estructura (en términos de edad, de profesión, etc.), es evidente que no permiten ninguna generalización. Tampoco permiten comprender diferencias más pequeñas entre CAP/BEP/Certificado de estudios, etc. Es por ello que solo comentaremos aquí las diferencias (o las similitudes) más marcadas entre ambas poblaciones o dentro de cada una. No obstante, la coherencia de los resultados dentro de cada población, así como las diferencias (o similitudes) sistemáticas que aparecen cuando se comparan ambas poblaciones, nos hacen pensar que estamos dilucidando aquí tendencias recurrentes, confirmadas, además, por otros resultados de encuestas por cuestionario (Albert, 1993) y por nuestras numerosas entrevistas (N = 87). Finalmente, la elección de adoptar solo el criterio de nivel de diploma para constituir las poblaciones encuestadas y, por lo tanto, para interpretar los resultados, no debe hacer olvidar el papel particular que puede desempeñar la profesión (más que la categoría socioprofesional) de los encuestados. Actualmente, comprendemos este papel por medio de investigaciones que analizan 30 casos singulares elegidos a partir de la combinación de la estructura del espacio social propuesta por Pierre Bourdieu (a partir del volumen global de capital poseído y de la estructura del capital poseído), por un lado, y por

el otro, de criterios provenientes de nuestras propias investigaciones sobre la escritura: arte / comercio / burocracia; público / privado; trabajo de producción / trabajo de relación / trabajo de gestión / trabajos relacionados con la pedagogía / trabajo de secretariado.

16. Es lo que estamos realizando en dos proyectos de investigación (con la colaboración de Luc Bourgade, Sylvia Faure, Rachel Gasparini y Mathias Millet) sobre “Las relaciones intergeneracionales acerca de la escritura corriente”, en el marco de la convocatoria “Escrituras corrientes: indicios y formas de realización” de la Misión del patrimonio etnológico y “Acción temática de formación: Investigación en educación” de la Dirección de Investigación y Estudios doctorales.
17. El diario íntimo es desde hace mucho tiempo una práctica a la vez femenina y adolescente. En el siglo XIX, esta práctica estaba muy pausada y tendía a un ordenamiento y una conformación tanto del discurso como de la experiencia (véase Lejeune, 1993).
18. “La administración estatal suscita en espejo una administración doméstica; el administrado debe convertirse en cierta manera en un administrador.” (Albert, 1993: 4).
19. “Las esposas escriben tanto a sus parientes como a los de su marido, son muy raras las parejas en las que cada cónyuge escribe a sus propios parientes. Esto confirma claramente la importancia de las mujeres en el mantenimiento del espíritu de familia, también sensible en materia de genealogía.” (Albert, 1993: 58)
20. Como ejemplo de transformación histórica de la relación de las mujeres con la escritura, pueden compararse *grosso modo* dos situaciones históricas. En un análisis de las imágenes que ilustran los manuales epistolares en el siglo XIX, Cécile Dauphin concluyó: “El primer grupo de imágenes, ampliamente mayoritario (44 de 63), contribuye a fijar los parámetros de la representación epistolar, masculina y elitista. De 32 escenas de escritura, sólo 5 mujeres se encuentran en posición de escribir, e incluso una escribe sobre sus rodillas; otra permanece pensativa, con la pluma en la mano; otra hojea un libro sobre un pupitre pero la pluma está esperando en el tintero; otra, en compañía de un segundo alumno, escribe bajo la dirección de un maestro; la última copia servilmente en un manual. El material de escritura es rudimentario; el marco, intimista. Nunca una mujer, en el conjunto de las ilustraciones de este corpus, ocupa el lugar ante una mesa escritorio. Le queda la mesita... o sus rodillas.” (Dauphin, 1991b). Pueden oponerse a esta conclusión los primeros resultados de una investigación personal en curso sobre las representaciones contemporáneas –publicitarias o que apuntan a ilustrar temas de artículos en las revistas familiares (femeninas)– de hombres y mujeres alrededor de la escritura. Estas representaciones escenifican insistentemente mujeres leyendo o escribiendo, lo que contribuye a naturalizar el hecho de que la identidad femenina es indisociable de una identidad de escriba o de lectora. Puede encontrarse un ejemplo reciente de esta importancia de los actos de escritura y de lectura para las mujeres en el número 137, de febrero de 1994, de la revista *Prima*. Un artículo, titulado “Sept métiers pour travailler à domicile” [Siete profesiones para trabajar a domicilio], menciona las profesiones de cuidadora de niños (una ilustración fotográfica muestra a una mujer mostrando un álbum a cinco niños sentados frente a ella), de maquetista (una mujer escribiendo en un teclado de computadora), de vendedora a domicilio, de escritora, de secretaria, de correctora y de agregada de prensa.
21. Las colecciones masculinas, “objetivistas”, de cosas se oponen a las colecciones femeninas “subjektivistas” de recuerdos: “El diario íntimo se inscribe en el universo de la jovencita, donde también se encuentran colecciones de muestras de perfume, bonitos papeles para cartas y gomas de fantasías, sin hablar de la mezcla de objetos recuerdo con valor sentimental. Mientras que los jóvenes varones suelen armar colecciones en el sentido habitual (estampillas, monedas, piedras, paquetes de cigarrillos), las jovencitas están más atadas a los objetos recuerdo”. (Albert, 1993: 79).
22. Si tomamos la precaución de escribir “quizá” es porque una parte de las prácticas profesionales están consideradas como secundarias. Por ejemplo, un escribano que dirige un estudio con 18 personas nos dice, durante una entrevista, que nunca escribe profesionalmente “con su mano”, sino que utiliza las manos de otros, en especial las de sus dos secretarías y de su contadora.
23. Como lo escriben Roger Chartier y Jean Hébrard a propósito del Libro de Razón del siglo XIX: “[este] es escrito cada vez menos por los hombres de familia. Se va convirtiendo en una escritura femenina. De allí que es despreciado (como lo es todo lo femenino), en favor de otras formas de escritura, masculinas y a menudo profesionales. Por lo tanto, se hace más secreto, más privado: se transforma en diario íntimo.” (Chartier, 1991: 454-455)

24. Es evidente que los hombres pueden desarrollar a veces las mismas disposiciones que las mujeres, pero en un espacio más valorado que el espacio doméstico. Tal es el caso en especial de los hombres con un fuerte capital cultural y económico (profesiones liberales) que suelen concentrar sus prácticas del escrito solo en el espacio profesional.
25. Además, dichas escrituras privadas pueden tener efectos reales en materia de socialización diferencial según los sexos y por ende, en materia de diferenciación sexual de las escolaridades. Jean-Pierre Albert (1993) observa asimismo que toda una cultura femenina de lo íntimo y de lo estético pasa por la relación con la escritura. Por ejemplo, las niñas son las que poseen papeles de cartas variados (que a menudo se les regalan). En lo que a nosotros respecta, hemos formulado la hipótesis de que el mayor logro escolar de las niñas de medios populares respecto de los varones en la escuela primaria podía marcar una línea de análisis enriquecedora (véase Lahire, 1993).
26. Dos encuestas realizadas en 1964 y 1979 muestran que el completamiento de la hoja de impuestos es una práctica tradicionalmente masculina pero que se encuentra en vías de feminización: “Tres cuartos de los hombres completaban la declaración de ingresos en 1964, son menos de dos tercios en 1979, según palabras de sus esposas.” (Glaude y Singly, 1986: 9)
27. En las entrevistas en las que ambos cónyuges están presentes, los hombres suelen tender en un principio a declarar que “los dos” se ocupan de eso, pero las mujeres aclaran luego que la participación de su cónyuge es rara.
28. Un obrero de 59 años, con nivel de estudios secundarios, declara a propósito de la clasificación de papeles administrativos: “*No, no, no es trabajo de hombre eso, es trabajo de mujer, mi mujer es la que ordena, y yo, cuando necesito un papel, le pido a mi mujer*”.

Referencias bibliográficas

- Albert, J.-P. (1993). “Écritures domestiques”. En D. Fabre (ed.). **Écritures ordinaires**. París: POL/Centre Pompidou-BPI.
- Bernstein, B. (1975). **Langage et classes sociales**. París: Minuit.
- Boltanski, L. y Thévenot, L. (1991). **De la justification. Les économies de la grandeur**. París: Gallimard.
- Borkowski, J.-L. (1990). L'illettrisme. En **Données sociales**, París: INSEE.
- Bourdieu, P. y Passeron, J.-C. (1970). **La Reproduction. Éléments pour une théorie du système d'enseignement**, París: Minuit.
- Bourdieu, P. (1980). **Le Sens pratique**, París: Minuit.
- Bourdieu, P. (1982). **Ce que parler veut dire. L'économie des échanges linguistiques**. París: Fayard.
- Bourdieu, P. (1990). La domination masculine, **Actes de la recherche en Sciences Sociales**, 84, pp. 2-31.
- Bruner, J. (1991). **Le Développement de l'enfant. Savoir faire, savoir dire**. París: PUF.
- Chaudron, M. y de Singly, F. (eds.) (1993). **Identité, Lecture, Écriture**. París: Centre Pompidou.
- Chaudron, M. y de Singly, F. (1993). Le journal: la mise à distance par l'écriture. Entretien avec Martine Chaudron. En M. Chaudron y F. de Singly (eds.). **Identité, Lecture, Écriture**. París: Centre Pompidou.
- Chartier, R. (1986). Les pratiques de l'écrit. En Ph. Ariès y G. Duby (eds.). **Histoire de la vie privée**, vol. III: De la Renaissance aux lumières. París: Le Seuil (pp. 113-161).
- Chartier, R. (1987). **Lectures et lecteurs dans la France d'Ancien Régime**. París: Le Seuil.
- Chartier, R. (1985). Du livre au livre. En **Pratiques de la lecture**. Marseille: Rivaless.
- Chartier, R. (1991). **La Correspondance. Les usages de la lettre au XIX^e siècle**. París: Fayard.
- Conein, B.; Dodier, N. y Thévenot, L. (1993). Les Objets dans l'action. De la maison au laboratoire. **Raisons pratiques**, 4.
- Cook-Gumperz, J. (ed.) (1986). **The Social Construction of Literacy - Studies in Interactional Sociolinguistics 3**. University of California, Cambridge University Press.
- Dauphin, C.; Pézerat, P. y Poublan, D. (1991a). L'enquête postale de 1847. En R. Chartier (ed.), **La Correspondance. Les usages de la lettre au XIX^e siècle**. París: Fayard.
- Dauphin, C. (1991b), Les manuels épistolaires au XIX^e siècle, En R. Chartier (ed.), **La correspondance. Les usages de la lettre au XIX^e siècle**. París: Fayard.
- Détienne, M. (ed.) (1988). **Les Savoirs de l'écriture en Grèce ancienne**. Lille: PUL.

- Élias, N. (1987). **Die Gesellschaft der Individuen**, Francfort/Main: Suhrkamp Verlag. [Trad. fr.: **La Société des individus**. París: Fayard, 1991]
- Establet, R. (1987). **L'École est-elle rentable?** París: PUF.
- Furet, F. y Ozouf, J. (1977). **Lire et écrire**, vol. 1. París: Minuit.
- Glaude, M. y de Singly, F. (1986). L'organisation domestique: pouvoir et négociation, **Économie et statistiques**. 187. (p. 9).
- Goody, J. (1968). **Literacy in Traditional Societies**. Cambridge: Cambridge University.
- Goody, J. (1977). **The domestication of the savage mind**. Cambridge: Cambridge University Press. [Trad. fr.: **La Raison graphique. La domestication de la pensée sauvage**, París, Minuit, 1979]
- Goody, J. (1986). **La Logique de l'écriture**. París: A. Colin.
- Goody, J. (1994). **Entre l'oralité et l'écriture**. París: PUF.
- Havelock, E. A. (1963). **Preface to Plato**. Harvard: Harvard University Press.
- Laé, J.-F. y Noisette, P. (1985). **Aspects de l'illettrisme tel qu'on en parle. Étude méthodologique**. MIRE, Ministère des affaires sociales et de la solidarité nationale.
- Lahire, B. (1990). Sociologie des pratiques d'écriture: contribution à l'analyse du lien entre le social et le langagier. **Ethnologie française**. 3, (pp. 262-273).
- Lahire, B. (1992). Discours sur l' "illettrisme" et cultures écrites. Remarques sociologiques sur un problème social. En **L'«Illettrisme» en questions**. Lyon: PUL.
- Lahire, B. (1993a). **Culture écrite et inégalités scolaires. Sociologie de l' "échec scolaire" à l'école primaire**. Lyon, PUL.
- Lahire, B. (1993b). **La Raison des plus faibles. Rapport au travail, écritures domestiques et lectures en milieux populaires**: Lille: PUL.
- Lahire, B. (1993c). La division sexuelle du travail d'écriture domestique en milieux populaires urbains. **Ethnologie française**. 23 (4), 504-516.
- Lahire, B. (1993d). Pratiques d'écriture et sens pratique. En M. Chaudron y F. de Singly (eds.). **Identité, lecture et écriture**. París: Centre Pompidou.
- Lahire, B. (1993e). L'inégale "réussite scolaire" des garçons et des filles de milieux populaires: une piste de recherche concernant l'écriture domestique". En Y. Grafmeyer (ed.), **Milieus et Liens sociaux**. Lyon: PPSH Rhône-Alpes.
- Lejeune P. (1993) Le journal: la mise à distance par l'écriture. En M. Chaudron y F. de Singly (eds). **Identité, Lecture, écriture**. París: Centre Pompidou.
- Maccoby, E. (1990). Le sexe, catégorie sociale, **Actes de la recherche en Sciences Sociales**, 83, p p. 16-26.
- Martin, H.-J. (1988). **Histoire et pouvoirs de l'écrit**. París: Librairie Académique Perrin.
- Olson, D. R. Torrance, N. y Hildyard, A. (eds.) (1985). **Literacy, language and learning. The nature and consequences of reading and writing**. Cambridge: Cambridge University Press.
- Passeron, J.-C. (1991). Le polymorphisme culturel de la lecture. A propos de l'illettrisme. En **Le Raisonnement sociologique. L'espace non-poppérien du raisonnement naturel**. París: Nathan.
- Quéniart, J. (1984). De l'oral à l'écrit. Les modalités d'une mutation. **Histoire de l'éducation**, 21. (pp. 11-35).
- Schwartz, O. (1990). **Le Monde privé des ouvriers. Hommes et femmes du Nord**. París: PUF.
- Scribner, S. y Cole, M. (1981). **The Psychology of literacy**. Cambridge: Massachusetts and London, Harvard University Press.
- Vygotski, L. S. (1985). **Pensée et langage**. París: Messidor/Éd. sociales.
- Zazzo, B. (1982). **Les 10-13 ans. Garçons et filles en CM2 et en Sixième**. París: PUF.

Este artículo fue traducido del francés por Ana María Gentile.

Este artículo fue enviado a la Redacción de LECTURA Y VIDA a pedido de las directoras en julio de 2008.

* Profesor de Sociología en la École Normale Supérieure Lettres et Sciences Humaines. Director del Groupe de Recherche sur la Socialisation (UMR du CNRS). Dirige la collection «Laboratoire des sciences sociales» [Laboratorio de Ciencias Sociales] para Ediciones La Découverte.